

de una población amerindia considerable, ha producido una raza extraña. Un pueblo de emigrantes que anhelan sus orígenes.

Por eso, mientras los novelistas de otras nacionalidades han retratado con pompa bárbara el oropel de la selva, el salvajismo social, los golpes de Estado y la crueldad siempre variada y siempre rica de los descendientes de indios y conquistadores, los argentinos han pintado paisajes igualmente variopintos, pero cosmopolitas, teñidos con suaves colores de champán. De la Argentina, o de Uruguay, su provincia cultural, han surgido fenómenos como el modernismo, escritores como Rubén Darío: brillantes y esplendores de espejo veneciano, fulgores de bola de cristal que remata la barandilla de una escalera monumental. Más cercano a nosotros, el argentino Jorge Luis Borges ha dotado a todas las superficies espejantes de los salones de una profundidad de buen tono, creando un laberinto universal cuyo centro está en el Buenos Aires de la imaginación y del mito. La profundidad de Borges es juego, paradoja elegante, brillo inteligente de conversación. La cultura argentina toda es de salón; y esta frase no tiene ningún sentido peyorativo: Jean Cocteau hubiera debido ser argentino.

Manuel Mujica Láinez resume argentinismo por todas las páginas de su extensa obra: es el intérprete brillante de una realidad multicolor, el representante de ese Buenos Aires mágico y europeizante, más parisino que el mismo París. Su obra está tocada por el ala de ese pájaro que transmuta en cursilería el trabajo de los sin talento, y que da a los demás un verdadero refinamiento. Poco conocido entre nosotros, salvo para la sempiterna camarilla de los exquisitos, su obra nos acaba de ser presentada en antología por Luis Antonio de Villena (1). Este traza, con pluma que transmite un verbo sabio, el perfil biográfico y literario del autor; y luego nos da una selección de sus textos muy cuidada, que tiene el mérito de infundir el deseo de leer más, de

(1) "Antología general e introducción a la obra de Manuel Mujica Láinez", Luis Antonio de Villena. Ed. Félmar. Col. La Fontana Mayor.

buscar las novelas de las que han sido extraídos tales fragmentos, brillantes y aguzados.

De los textos aquí escogidos se deduce la temática única, pero multifacética, del autor: la vida, la vida abigarrada y multiforme, igual a sí misma y siempre cambiante en todas las latitudes, bajo todos los cielos, en cualquier época. Palpita en sus escritos un gusto por la vida, que se traduce en deleite en la belleza bajo todas sus formas: objetos, cuadros, edificios, misteriosos libros, jóvenes de cualquier sexo. Sus narraciones transcurren en escenarios variados, desde la Europa Medieval al mismo Buenos Aires, o en el mundo entero del Renacimiento. Para Mujica Láinez el Universo todo es un lugar unitario, un lugar donde se unen la belleza, el éxtasis y el horror, un campo de batalla y de aventuras grandiosas y graciosas.

Su narrativa extensa ha sido tachada de decadente, palabra muy de moda en nuestro vocabulario último. Lo es, si se llama decadente a aquello que hace brillar los resplandores fantomáticos de un mundo en continua transformación, que se está perdiendo continuamente a sí mismo; a aquello que prefiere la noche al día, porque en la noche resalta más el brillo de las joyas; pero si por decadente se alude a lo que decae, se pudre y se descompone, si es decadente lo que está muriendo, entonces no podemos calificar de tal la obra de un escritor brillante y ameno, que se renueva en cada escrito. Yo prefiero el término "esteticista", que da a la narrativa de Mujica Láinez una dimensión moral; para él la belleza —y lo bello es, muchas veces, lo raro— se convierte en un valor supremo, y lo excepcional es lo que puede y quiere dictar sus leyes.

El estilo literario de Mujica Láinez es rico y sinuoso: el lenguaje castellano adquiere en sus manos la precisión de un instrumento cortante. Recuerda, a veces, la riqueza conceptista de Alejo Carpentier, pero este último parece siempre traducir del francés, en tanto que a Mujica se le nota vivir su idioma. Idioma que enriquece con quiebros porteños, que pliega en inflexiones y giros tan internacionales como atemporales. El barroquis-

mo de largo aliento de sus frases sirve, paradójicamente, para conferir a lo escrito una mayor claridad, una más exacta adecuación. ■ E. HARO IBARS.

Por unos Ayuntamientos democráticos

La preocupación de los ciudadanos por los problemas que plantea diariamente la vida comunitaria y su organización de barrios, con vistas a buscar conjuntamente soluciones, constituye uno de los hechos más desta-

presentados" del cómo y el porqué de sus decisiones.

Hoy, sin embargo, las cosas están cambiando. Palmo a palmo, luchando contra la falta de asistencia, cuando no la abierta hostilidad de la Administración siempre recelosa hacia cualquier brote democrático, los ciudadanos han ido conquistando su derecho, tanto tiempo negado, a intervenir en el arreglo de los asuntos que les afectan directamente. Asuntos como la lucha contra el chabolismo, la construcción de escuelas y guarderías públicas y gratuitas, la mejora en la asistencia sanitaria, la ampliación de la red de



Las asociaciones ciudadanas durante la primera manifestación autorizada en Madrid (calle de Preciados).

cables del actual panorama político por su trascendencia para la configuración del futuro democrático.

Es bien conocido, en efecto, que el capitalismo español ha aprovechado como nadie la desmovilización ideológica y la atomización ciudadana de los años de franquismo para llevar a cabo sus prácticas depredatorias. La especulación del suelo, la construcción de ciudades-colmena, la destrucción —siempre escandalosa— de zonas verdes y toda una ristra de desmanes urbanísticos se han visto así directamente favorecidos por la incapacidad de los vecinos para formular y canalizar de alguna manera su protesta. Mientras tanto, los ediles municipales han venido haciendo y deshaciendo, sin dignarse dar cuenta las más de las veces a sus supuestos "re-

transporte colectivo, la creación de zonas verdes y de recreo, la descentralización de la vida cultural ciudadana: en una palabra, todo cuanto se refiere a la calidad de la vida.

Naturalmente, una organización de este tipo sin más, sino que es fruto de la actividad constante y hasta ahora siempre arriesgada de ciertos grupos de vecinos especialmente conscientes y solidarios, quienes actúan como catalizadores y portavoces de las aspiraciones muchas veces difusas de los demás ciudadanos.

Es evidente, por otro lado, que siendo los problemas y las dificultades que se plantean en los distintos barrios, ya que no idénticos, sí al menos paralelos, se hace cada vez más necesario, a la hora de consolidar los esfuerzos organizativos, intercam-

biar experiencias y unificar criterios con vistas a establecer un plan de acción común frente a los continuos atropellos.

En este sentido presenta indudable interés una colección como la que ahora inician las Ediciones de la Torre, dedicada esencialmente a la problemática actual de los barrios y a la búsqueda de posibles respuestas democráticas. El primer volumen de la nueva serie, titulado escuetamente "Madrid/Barrios 1975" (1), traza una breve historia de los movimientos urbanos madrileños, analiza el modo de organización y formas de acción de las asociaciones de vecinos existentes, acompañándolo todo de un exhaustivo índice cronológico de acciones reivindicativas y conflictos urbanos a lo largo del pasado año, para esbozar por último una alternativa municipal que supone entre otras cosas: elección por sufragio universal de concejales y alcaldes, posibilidad de revocación de los mismos, sindicación de los funcionarios municipales, autonomía del Ayuntamiento, descentralización, control del presupuesto por los propios habitantes de los barrios, etcétera, etcétera. Requisitos todos ellos imposibles de cumplir, como señalan oportunamente los autores, en un contexto que, como el actual, no sea plenamente democrático.

De ahí que la lucha de una asociación ciudadana sea necesariamente una lucha política, mal que les pese a algunos personajes, tan políticos ellos, de nuestra Administración. ■
JOAQUIN RABAGO.

(1) El autor colectivo es el equipo CIDUR (Centro de Información y Documentación Urbana), que dirige el sociólogo y presidente de la asociación de Getafe, Javier Angulo.

"La noche sin riberas", o tres años en el penal de Ocaña

Si la suerte de los vencidos en cualquier guerra tiene poco de envidiable, todavía lo resulta menos la de quienes son derro-

tados en nuestra última contienda civil. Pese a las constantes afirmaciones de generosa magnanimidad por parte de los triunfadores, sus adversarios sufren el más duro de los tratos imaginables. Aunque se haya silenciado por completo durante siete largos lustros, la represión alcanza grados de intensidad y extensión que superan ampliamente todo lo conocido hasta entonces en España. Millares y millares de hombres y mujeres han de recorrer un calvario tan áspero e inhóspito que una mayoría no viven lo suficiente para ver su final.

Escritor y periodista, Angel María de Lera está entre los vencidos y sufre las consecuencias. Redactor de "El Sindicalista" y comisario del Ejército republicano durante la guerra, le detienen en Madrid al finalizar la lucha. Juzgado en un consejo de guerra sumarísimo de urgencia es condenado a muerte e indultado unos meses después. Pero el indulto no significa la libertad, sino simplemente la limitación de la condena a una cadena perpetua y el inicio de un interminable peregrinar por cárceles y presidios duran-

te todos los años de su juventud.

Su última novela —"La noche sin riberas", recientemente publicada por Argos-Vergara— forma parte de una tetralogía en que Angel María de Lera refleja sus vivencias durante la época más angustiosa no sólo de su existencia, sino la de un número difícilmente calculable de españoles. Precedida por "Las últimas banderas" y "Los que perdimos", en las que relata los últimos días de la guerra en Madrid y las primeras semanas de la posguerra en comisaría y prisiones, "La noche sin riberas" transcurre en un penal —Ocaña— entre septiembre de 1939 y diciembre de 1942. Igual que las dos anteriores, tiene mucho de testimonio y de autobiografía; pero es, con sensible diferencia a mi parecer, la más completa y mejor de las tres.

Si en las dos novelas anteriores Lera cuenta en estilo claro, personal y directo lo que vio y padeció sin apartarse un ápice de la realidad, pero aligerando lo sombrío del cuadro resultante para superar de lado el temible escollo de la censura y de otro la incredulidad de unos lectores acostumbrados al falseamiento

de la Historia por una propaganda unilateral y partidista, en "La noche sin riberas" presenta con toda crudeza la vida —la agonía mejor— de unos millares de personas sepultadas en el infierno de Ocaña. La monotonía desesperante de una existencia sin horizontes, la tortura del hambre, la desolación impotente de saber que todo es inútil, el esfuerzo sobrehumano para mantener en pie unas débiles esperanzas, la muerte lenta por inanición o la rápida de estrellarse contra las losas del patio o hacer frente a un pelotón de fusilamiento, desfilan por las páginas alucinantes del libro en una recreación impresionante del período de mayor tristeza de España.

No hay la menor exageración en cuanto el autor relata con una exigente moderación. Menos aún deseos de enconar viejas heridas y acentuar pretéritas divisiones. Pero se trata de hechos concretos que sería contraproducente ignorar, porque deben servirnos de aleccionadora experiencia para no volver a caer en el futuro en errores semejantes a los del pasado. ■ E. DE GUZMAN.

Madrid: "La Corrala", en peligro

Uno de los edificios más típicos de la arquitectura y del modo de vivir madrileño está en peligro de desaparecer. "La Corrala", casa de mediados del siglo XIX, situada en el Madrid antiguo, entre las calles de Mesón de Paredes, Tribulete y Sombrerete, está sometida a expediente contradictorio de ruina, que puede suponer su derribo.

Madrid perdía así el único ejemplo vivo de "corral de comedias" y también el único ejemplo de un tipo de entender la vecindad. La vida comunitaria, con servicios compartidos, la interacción entre casa y calle, entre arquitectura y urbanismo, la "casa patio"... Componen "La Corrala" dos casas de vecinos, con quinientas personas, procedentes casi en su totalidad de Madrid y en el 45 por 100 de los casos con más de cuarenta años de residencia en la casa, con alquileres módicos (el 60 por 100 paga menos de 500 pesetas mensuales)... Ahí radica para muchos el quid de la cuestión: las casas no son



rentables. Navarro de Zuvillaga señala en la revista "Arquitectura" (número 199) que los inquilinos han propuesto un arreglo, y que, a cambio, aceptarían una subida de 2.000 ó 3.000 pesetas el alquiler.

Se vislumbra una posibilidad de salvación para el edificio. Al parecer, se ha propuesto en el Ayuntamiento que la casa se conserve como "corrala" de comedias. Ya tiene tradición de ello. En los años cincuenta se representaron allí "La verbena de la Paloma", "La Gran Vía", "El pobre Valbuena" y "La revoltosa". ■